

20. El sacrificio de comunión

San Agustín, en su inmenso tratado *La Ciudad de Dios*, dice algo en lo que quizás San Benito habría reflexionado al redactar su Regla: "Este es el sacrificio de los cristianos: a pesar de ser muchos, ser un solo cuerpo en Cristo" (*De Civitate Dei*, 10,6; cf. 1 Cor 10,17).

La unidad de los discípulos en el único Cuerpo Místico es la gracia que se nos ha dado en la muerte y resurrección del Señor Jesucristo, a través de los sacramentos, sobre todo el Bautismo y la Eucaristía. Es una gracia, pero pide una apertura y una conversión de nuestra parte y, por lo tanto, un sacrificio, como escribe San Agustín. La Regla nos guía para corresponder cada vez más al sacrificio de Cristo en la Cruz con nuestra conversión a la unidad de su Cuerpo. Por lo tanto, es importante ser conscientes de cómo San Benito nos educa para vivir este "sacrificio de comunión", adoptando una hermosa expresión del Antiguo Testamento (cf. Levítico 3), que para nosotros significa dejar que nuestra vida sea consumida cada vez más por el fuego de la caridad, que es un fuego que, como en la zarza ardiente de Moisés, no destruye lo que hace arder, sino que lo hace aún más sagrado. La etimología de "sacrificar" es *sacrum facere*: hacer sagrado, es decir, divino. El hombre que se sacrifica con Cristo en la caridad, en lugar de perder su vida, la encuentra eternamente, asimilada a la vida de Dios.

Entonces, preguntémosnos: ¿cómo nos convierte a la unidad de comunión el camino propuesto por San Benito, evidentemente actualizando para nosotros el método de la Iglesia? No creo que vaya a agotar el tema, pero al menos tocaremos algunos aspectos.

¿Cuál es el primer sacrificio para el que nos educa San Benito en favor de la unidad del cuerpo de Cristo que es la comunidad? Creo que es el sacrificio de la propia voluntad, de concebir nuestra libertad como un perro salvaje, que es feliz solo porque es autónomo, hace lo que quiere, obedece sus instintos y nunca piensa en los demás. Baste mencionar la ácida descripción que la Regla hace de los monjes sarabaítas: "Se agrupan de dos en dos o de tres en tres, y a veces viven solos, encerrándose sin pastor no en los apriscos del Señor, sino en los propios, porque toda su ley se reduce a satisfacer sus deseos. Cuanto ellos piensan o deciden, lo creen santo, y aquello que no les agrada, lo consideran ilícito" (RB 1,8-9).

Cada uno de nosotros posee huellas más o menos marcadas de esta tendencia, porque podemos decir que se nos transmite directamente con el pecado original. En nosotros, se trata de una rebelión estructural a ser determinados por otro o por otros que no seamos nosotros mismos, como si el ser hecho por otro, el ser creado, querido y amado por Dios y, por lo tanto, el ser dependientes de Él, no fuera en nosotros más original que el pecado de Adán y Eva. Es evidente que esta tendencia es la que hace más difícil la vida de comunión con los demás, la unidad fraterna en comunidad.

Así pues, San Benito entiende junto con toda la tradición monástica, que el trabajo fundamental de conversión es el de nuestra libertad, el de nuestra voluntad, para que aceptemos pertenecer, depender, seguir. Es la ascesis de la obediencia que San Benito pide ya desde el comienzo del Prólogo, y después a lo largo de toda la Regla, en mil facetas (cf. RB Prol. 2). Pero, precisamente desde el comienzo de la Regla, San Benito

muestra el rostro positivo de la obediencia, el verdadero rostro de la obediencia, que significa escuchar a un Maestro que nos dice la verdad y a un Padre bueno (*pater*) que quiere comunicarnos su amor (cf. Prol. 1-2).

A lo largo de la Regla, esta escucha deberá desplegarse en escuchar al abad, en el escucharse entre los hermanos, etc., pero en última instancia, es siempre a la Palabra de Dios, a la Palabra del Padre, a Jesucristo, para quien somos educados a escuchar.

Y nada conduce más a la unidad fraterna sino a esta escucha, porque es una escucha que nos educa a reconocer en todo y en todos la voz del Esposo, que nos llama a estar unidos a Él y en Él. Cristo es la voz del Padre que llama a todos a ser sus hijos, y, por lo tanto, hermanos y hermanas en Cristo.

A menudo noto que en las comunidades donde no se educa en la obediencia de la escucha y, por lo tanto, también al silencio, les es difícil llegar a ser verdaderamente fraternas, a estar verdaderamente unidos. Porque donde no se escucha la Palabra de Dios, domina el ruido de los chismes, de las charlas, de las críticas, de las mentiras, de los murmullos, tan odiados por San Benito; y, por lo tanto, ¡adiós unidad!

En la *Imitación de Cristo* hay una frase que expresa perfectamente el poder unificador de la Palabra de Dios, de la que todo proviene y de la que todo recibe consistencia: "*Ex uno Verbo omnia et unum loquuntur omnia, et hoc est Principium quod et loquitur nobis* – De una sola Palabra todas las cosas provienen, y todas las cosas proclaman esa única Palabra, que es el Principio que también a nosotros nos ha hablado" (*De Imitatione Christi*, Lib. I,3,2).

La unidad que crea la obediencia no es tanto aquella que, si todos cumplen con su deber, toda la comunidad funciona bien, porque esa sería una unidad hecha todavía por nosotros, que depende de nosotros y que, por lo tanto, sigue siendo frágil: basta que uno solo deje de obedecer, o de querer o poder cumplir con su deber, para que todo el "mecanismo" de la vida comunitaria deje de funcionar y se vuelva un caos. Esta sería la unidad de un estado totalitario, o de una comunidad sectaria, no una unidad de comunión, una unidad eclesial.

La unidad creada por una obediencia libre que escucha la Palabra de Dios es, en cambio, una comunión que se construye constantemente, que crece y se reforma continuamente, porque se nutre de la Palabra eterna de Dios que no habla solo al principio, sino eternamente, y al hablar crea lo que juntos y con el corazón escuchamos de Él. Es una obediencia con los oídos del corazón abiertos, que permanece en la escucha y, por lo tanto, en el ejercicio de la libertad que en cada paso es llamada de Cristo a decir que sí, a decidir seguirlo.

San Benito nos educa para escuchar siempre a Cristo, Palabra del Padre, en su llamarnos polifónico. Porque la Regla nos dice que Jesús nos interpela en el abad, en las Sagradas Escrituras, en los hermanos o hermanas, en la Liturgia, en las circunstancias; pero también en el pobre que llama a la puerta, así como en el enfermo y también en el hermano que ha errado. Es por eso por lo que el silencio monástico es una dimensión constante de la vida comunitaria, que debe ejercitarse incluso cuando tenemos que hablar, porque Cristo nos habla constantemente, en todos y a través de todo. Escuchar esta polifonía nos hace entrar y vivir en la sinfonía de comunión del Cuerpo de Cristo.